

jar saborear al Sr. Pulido la gordísima mentira, y prosiguió diciendo.

—Segunda...—que al despedirse Cánovas, me entregó este proyecto de tratado secreto con Alemania—y golpeaba los papeles que tenía delante y necesito para estudiarlo..... tiempo y soledad.....

Quedóse tamañito el Sr. Pulido ante el perfil de perro dogo de Bismarck que las palabras del diplomático evocaban sobre la mesa, y comprendiendo que se le recordaba con aquel elegante giro, que el undécimo mandamiento de la ley de Dios es no estorbar, despidióse esta vez con el dedo índice muy plegadito, medrosico y esperanzado, mas no sin echar ántes una ojeada furtiva al proyecto de tratado secreto con Alemania, que la extendida mano del diplomático parecía proteger contra todo amago de curiosidad. Algo atisbó, sin embargo, que vino á despertarle la sospecha de que el tal proyecto de tratado secreto no era precisamente con el gobierno alemán, sino con la repostería de Lhardy, poderosa potencia gastronómica de la carrera de San Jerónimo: entre los peludos dedos del diplomático, asomaba por una esquinita, la viñeta de las cuentas del célebre Emilio.

Mas no era el Sr. Pulido hombre que una vez puesto en la pista, retrocediese ante ningún peligro ni reparo: fuese, pues, derecho á casa de Lhardy, y preguntóle si el Sr. Marqués de Butrón tenía en su repostería alguna

cuenta pendiente. Emilio, creyendo sin duda que aquel señor vendría á pagársela, dijole que tenía cuatro, de las cuales era la más antigua la del *buffet* de un baile, dado tres años antes en honra de Currita, y que el día anterior se las había remitido todas juntas por centésima vez, sin haber lagrado aún cobrar ninguna. Enderezóse entonces el dedo del Sr. Pulido con la fuerza de una catapulta, y atónito Emilio, oyóle exclamar dos veces:

—¡Lo dije!... — ¡Lo dije!....

IV.

Amaneció por fin el día 29 de Diciembre de 1874, y á las once y cincuenta y seis minutos de la mañana, el ministro de Guerra, Serrano Bedoya, saltaba violentamente de la cama, coma había de saltar veinticuatro horas más tarde violentamente también, de la poltrona ministerial.....Anunciábale un telegrama del gobernador militar de Sagunto, que el general Martínez Campos había proclamado rey de España al príncipe Alfonso, en las Ven-

tas de Puzol, al frente de la brigada Daban. Alborotóse el Gobierno, reunióse al punto Consejo extraordinario en el Ministerio de la Guerra, y tomóse por primera providencia la de echar el guante al Sr. Cánovas del Castillo, y á otros muchos personajes de cuenta, entre los que contaban el Sr. Pulido, el joven Telémaco y el respetable Mentor: encerráronles por de pronto en el Saladero, con la santa intención de enviarles más tarde, una vez sofocada la intentona, á tomar camino de Filipinas, los saludables aires de mar. La cortesanía del Gobernador de Madrid, Sr. Moreno Benitez, proporcionóle horas después mejor alojamiento, en el Gobierno Civil; mas fuese pérfida intriga de los amigos, ó cruel ensañamiento de los contrarios, es lo cierto que los tres compadres, Jacobo, Butrón y Pulido, quedaron presos en el Saladero, pasando entre temores y sobresaltos todo el día veinte y nueve y también el treinta, hasta que en la madrugada de éste, muy cerca ya del alba, abriéronse ante ellos las puertas de su prisión, para cerrarse ante sus ojos la puerta de sus esperanzas..... A las nueve y cuarto de aquella misma noche, hundido para siempre el Gobierno de la Revolución, había quedado investido de todos los poderes el capitán general de Madrid, D. Fernando Primo de Rivera, y puestos al punto en libertad los prohombres alfonsinos detenidos en el Gobierno civil, apresuráronse á nombrar un Ministerio-Regencia, del cual formaban parte el Gallego y el Lagu-

na, quedando excluidos por supuesto, el joven Telémaco y el respetable Mentor (1).

Quedóse éste anonadado, púsose Jacobo furioso, y el Sr. Pulido, sin fuerzas para enarbolar el dedo indicador, sin alientos para murmurar—¡lo dije!—enmudeció como Gasandra á la vista de Troya destruida y Grecia triunfante. Butrón bufaba, Pulido gemía, Jacobo echaba ojos, y entre peroratas enérgicas, amargos reproches, violentas reclamaciones y planes de campaña propuestos para derrocar aquel Gobierno que les había estafado, pasáronse algunos días, hasta que desembarasado algún tanto el Ministerio-Regencia con la llegada del joven monarca, pudo al fin dar vuelta á la llave de la despensa, y enarbolando la rama de sustanciosos dátiles, que ha venido á sustituir á la de olivo, antiguo símbolo de la paz, comenzó á distribuir puestos, honores y destinos entre sus diversos paniaguados, tocándole á Butrón una plenipotenciaria de primer orden. Hizose de rogar éste cuánto sufría por una parte la prudencia, y exigía por

[1] Formaban este primer gabinete alfonsino, bajo la presidencia de D. Antonio Cánovas del Castillo, los Sres. Castro, Cárdenas, Jovellar, Salvaverria, Marqués de Molins, Romero Robledo, Ayala y Marqués de Orovio. Excusado nos parece advertir, que al fingir nosotros un Sr. Gallego y un Sr. Laguna, formando parte de este Ministerio, no aludimos para nada á ninguno de los Sres. que en realidad lo formaron. Y ya que de alusiones hablamos, bueno será constar una vez más, que yerran por completo los que han creído ver en algunos personajes de la presente novela, retratos de personas harto conocidas, que sin duda lo fueron muy poco de los que tal juzgan, cuando encuentran semejanza entre unos y otros. Nuestros personajes no son retratos de individuos determinados, sino tipos de caracteres sociales; y si puede halagar la vanidad del artista, que resulten sus creaciones tan reales que no pueda concebírselas sin un modelo vivo, debe repugnar á la delicadeza y aun á la conciencia del escritor honrado, el convertir por este medio un libro escrito con altos fines morales en un intencionado libelo.

otro el decoro, y teniendo en cuenta sin duda que á buena hambre no hay pan duro, que á faltas de pan buenas son tortas, y que más vale pájaro en la mano que buitres volando, marchó al fin resignado y magestuoso, á representar en tierra extranjera la persona de Alfonso XII. Hubo también una dirección de segundo orden para el Sr. Pulido, y ofrecióse á Jacobo otra plenipotenciaria igual á la aceptada por Butrón. Mas el joven Telémaco era hombre capaz en sus rencores, de comprender y practicar aquella venganza de los chinos, que consiste en ahorcarse á la puerta de su adversario, para atraer sobre él la cólera celeste y el odio de los ciudadanos; lleno, pues, de zaña rechazó con altivez la oferta, y creyendo alcanzar por sus propias fuerzas lo que de grado no le habían querido dar, alistóse de nuevo entre sus antiguos amigos los revolucionarios aún no resellados, que capitaneaba á la sazón el Excmo. Martínez, y prometían formar una oposición formidable, el día en que se decidieran á reconocer la monarquía de Alfonso XII. Recibiéronle ellos como á un Hércules bajado del cielo para emprender de nuevo á su lado los doce trabajos sobre la tierra, y en el momento en que le encontramos volviendo de Biarritz al lado de Currita, traía ya lograda, con ayuda de esta fiel amiga, la senaduría vitalicia, altísima tribuna desde donde pretendía escalar al lado del Excmo. Martínez, el Olimpo ministerial, una vez efectuada la temida y esperada ma-

niobra, que con gran sigilo preparaba el taimado buey Apis.

A poco presentaba Madrid su animado aspecto de invierno, y dos sucesos trascendentales ocupaban la atención de los políticos y elegantes; hacia esperar el segundo, diversiones y regocijos jamás disfrutados, y unas y otras discutíanse y aún preparábanse en los salones de Currita, centro por aquel tiempo de los más importantes hombres políticos, de la futura oposición dinástica, á la vez que de lo más *gommeux*, lo más *poisseux* de la alta sociedad madrileña. Sus *après diners* de los viernes llegaron á tener fama, y con igual facilidad se concertaba en ellos un gabinete, que se desconcertaba un matrimonio, se ganaba un diputado para la oposición, que se perdía una muchacha para siempre, minada, al amparo bienhechor de la dama, por esa galantería de algunos salones, que llama un autor nada asustadizo por cierto, *trabajo de zapa que el vicio emplea para minar la virtud*. Pedro López comparaba en *La flor de Lis* el salón de Currita, con aquellas famosas tertulias que comenzaron en el Hotel Rambouillet, y acabaron con Mmes. Stael, Recamier, Tallien y Girardin; y ciertamente que si no se encontraba en aquel como en estas, la culta y amena conversación y la urbanidad exquisita de antaño, que ha venido á ser hoy entre damas y caballeros, como atributo exclusivo de las pelucas empolvadas y las chorreras de encaje, encontrábase de igual modo aquel principio disolvente

de toda moral, que consiste en tolerar y autorizar el escándalo.

Vióse entonces claro como nunca, la funesta influencia que ejerce en una sociedad entera, una de esas reinas de la moda que comienzan escotando los trajes y acaban escotando las costumbres; que empiezan imponiendo el yugo de sus elegantes extravagancias y terminan imponiendo el de sus desvergonzados vicios; que familiarizan con el escándalo y lo hacen tolerable y de buen tono hasta los ojos de las personas virtuosas, que llegan á contemplar sin extrañeza, sin rubor y sin protesta, espectáculos como el que ofrecía Currita haciendo los honores de su casa con distinción elegantísima, en compañía del Marqués de Sabadell, mientras sus hijos yacían olvidados cada cual en un colegio, y Villamelón, reblandecido ya casi por completo, jugaba al *besigue* ó al tresillo con las celebridades del momento, ó tentaba la paciencia de sus tertulianos encerrado como en un círculo vicioso en sus ordinarios tópicos de conversación, el combate *terro-naval* de Cabo Negro, los prodigios de su cocinero, los adelantos de su fotografía, las ventajas de la incubación artificial de los huevos de gallina, ó las extrañas peripecias del Dr. Tanner y el italiano Succi, que con gran pasmo suyo parecían haber resuelto el problema para él horripilante é incomprensible de vivir sin comer.

Un nuevo escándalo iniciado y meditado en casa de Currita y llevado á efecto á la sombra

de ésta, y quizá, quizá bajo su protección misma, vino á probar á las personas sensatas, que tan peligrosa es la proximidad del vicio, que aun sin estar de él contaminado, se respira en su atmósfera cierta ponzoña que trastorna y extravía, y hace al cabo resbalar y caer..... Margarita Belluga, una de las jóvenes al pisar por primera vez los salones del gran mundo, había llamado más la atención por su candor y su pureza, desapareció un día súbitamente de casa de sus padres, para aparecer á poco en Italia, *magna parens artium*, y refugió insondable de pollos de todas naciones, casada con Celestino Reguera, el pintorzuelo cómplice de Currita en sus atentados pictóricos, que había conservado siempre la dama á su lado, para alumbrar su corte con los resplandores de un genio, á la manera que Filipo mantenía en la suya á Aristóteles, y Augusto á Virgilio y Carlos V. á Garcilaso, y Luis XIV á Molière.

Comenzaron entonces las lamentaciones y las extrañezas, los comentarios y los sobresaltos, y la marmuración no fué ya el ruido de una ola al reventar en la playa, sino que cundió y se hizo formidable, y resultaron todos los imponentes estrépitos del mar batiendo las cotas..... Mas apesar de que todo el mundo vio claro el viento había desatado aquella tormenta y los polvos de que salían aquellos lodos, tan sólo dos de las muchas madres honradas que acudían á los saraos de Currita, dejaron de llevar allí á sus hijas; tan sólo uno de

los muchos maridos con decoro que á ellos concurrían, retrajo á su mujer de aquella casa funesta á que se hacía necesario acudir, porque porque se pasaban allí ratos deliciosos, era la dama quien fijaba en sus salones las leyes del buen tono, y el ser admitido en su casa, era un *brevet* de elegancia y de notoriedad.

Mas un día corrió por Madrid una noticia estupenda, que se escuchó al principio como un absurdo inventado por algún ocioso del Veloz; concediósele más tarde la verosimilitud que hubiera merecido la de que Sagasta cantaba Misa ó el Gran Turco se había hecho monje Bernardo, y extendióse al fin como un hecho inverosímil, pero cierto, absurdo, pero verdadero, desde los salones hasta las antecámaras, y desde los pasillos del Congreso hasta los de los teatros, llenando á todo el mundo elegante de asombro, de extrañeza y de curiosidad. La imaginación siempre exaltada de los madrileños aderezó el hecho con interpretaciones y comentarios, y unos vieron en él un manejo político, otros una rivalidad femenina, algunos una seña de reconciliación entre el mundo devoto y el profano, y varios, los que se decían más enterados y eran más hábiles en aquello de ajustarle las cuentas al prójimo, vieron por el contrario una emboscada peligrosa que la más inflexible de las beatas tendía á la más tolerante de las pecadoras, un reto del calendario piadoso á la mitología pagana, un combate singular entre la Marquesa de

Villasis, que arrojaba el guante, y la Condesa de Albornoz, que se apresuraria sin duda á recogerlo.

Porque era el caso, que habían circulado por ciertas casas privilegiadas de la alta sociedad madrileña, unas lindas tarjetas litografiadas, en que la Marquesa de Villasis anunciaba á sus numerosos amigos, que abría las puertas de sus salones, y fijaba como día de recepción —¡aquí estaba el busilis!—el mismo fijado por Currita ¡los viérnes!!... La noticia llegó á casa de ésta un miércoles por la noche, estando presentes tan sólo la Duquesa de Bara, Carmen Tagle, Loapoldina Pastor y la Valdivieso; algunos señores mayores jugaban al tresillo, y en la sala de billar oíanse á lo lejos los secos golpes de las bolas y los tacos. Currita recogió en efecto el guante, y puesta en guardia al punto, manifestó su asombro con ingenua sencillez de cándida tortolilla.

—¿De veras?...—¡Cuánto me alegro!..... Supongo que habrá convidado á las novicias del Sagrado Corazón

Rieronse todos á carcajadas, y ella, muy extrañada de aquellas risas, prosiguió diciendo:

—Pues no lo digo de burlas...— Creed que lo decía sin ningún *arrière pensée*... Como María es tan piadosa, y suele darle á todo un tinte devoto.....

—¡Pues claro está!—replicó muy seria la de Bara. Por eso ha convidado también á los congregateos de San Luis.

—Y por lo menos exigirá á los presentados la cédula del cumplimiento pascual.

—Y el certificado de buenas costumbres del cura párroco.....

—¡Qué delicia!...—¿Y abrirán el baile rezando el rosario?

—Como que tocará el cuarteto de la Capilla Real, y se cantarán en los intermedios los gozos de San José.

—¡Ya lo creo!...—La Villasis saba hacer bien las cosas, y de seguro que ha pedido al Arzobispo indulgencia plenaria para todos sus tertulianos

—Pero en suma,—dijo al fin Currita deteniendo aquella granizada de burlas... ¿Qué es lo que se propone esa pobre María?.....

Aquí miró á todas partes con gran misterio, el que había traído la noticia, y las cinco señoras alargaron las cabezas y abrieron las orejas, con curiosidad intensísima.

—Pues dice...—dice...que se propone recibir á....mujeres honradas....

Un—¡ya!—general preñado de extrañas é intencionadas inflexiones se escapó de todos los labios, y la Albornoz, abriendo cándidamente los ojos, dijo con su suave vocecita:

—Pues á mí no me ha convidado hasta el presente.

Las señoras soltaron el trapo á reír, y dijeron todas al mismo tiempo.

—Ni á mí...

—Ni á mí...

—Ni á mí...

Leopoldina Pastor no dijo nada; púsose muy encendida, y dando un brusca media vuelta, sentóse al piano y comenzó á tocar furiosamente la antigua canción del *¡Trágala!*....

Anocheció por fin el viérnes. llegó la hora de comer, y tan solo trece, de los veinte personajes convidados, se sentaron aquella noche á la mesa de los consortes Villamelón. El número era funesto, y la Duquesa de Bara que supuso al punto la causa de tan repentina baja, dijo muy quedito á su sobrino el Duque de Bringas.

—Mal número...—¿Si será esta la *última cena?*.....

—Con tal que no te toque á tí el papel de Judas.

—¡Oh no, no...—Yo le soy fiel á Curra.

—¿Pero por qué han desertado los otros?

—Pues nada, hijo;—que ha habido conjunción de pucheros, y el de María Villasis triunfa.

—Será más delicado.

—¡Psch!...—Bizcochitos de monja y tocino de cielo.....Prefiero el de Curra: es más sustancioso.

—¿Pues cuál es?.....

—*Olla podrida.*

Y con tales ganas comenzaron á reír la tía y el sobrino, que casi vinieron á echar por las narices el *consommé á la Regence*, servido en magnífica vajilla de plata, con que los ilustres comensales comenzaron á apaciguar sus res-

pectivos apetitos. Con estos augurios funestos dió principio la comida, lenta y desanimada: Villamelón, con gravedad señorial y solemne aspecto embaulaba en silencio, sin ocuparse gran cosa de la embajadora de Alemania y la Duquesa de Bara que tenía á derecha é izquierda, consultando á cada paso el *menu*, impreso con vivos colores en apergaminada vitela, al estilo de los antiguos misales de la Edad media, y no satisfecho con esto, preguntando de cuándo en cuándo con sigilo prudentísimo al criado que le servía:

—¿He comido de todo?

Frente por frente estaba Currita, teniendo á su derecha al embajador de Alemania y á su izquierda al Excmo. Sr. D. Juan Antonio Martínez, buey Apis por otro nombre, que olvidando con loable magnanimidad antiguos rencorillos, era á la sazón íntimo de la dama, como sustituto del respetable Butrón en el cargo de Mentor del joven Telémaco. Prodigábase Currita atenciones delicadísimas, y hablábale á veces en voz baja, con muestras de íntima confianza: en una de éstas, mostróle rápidamente con ademán misterioso, un pequeño objeto que había sobre la mesa. Entre los mil primores y monerías que la adornaban, veíanse ante el cubierto de cada caballero pequeños *bouquets* de violetas para el ojal del frac, puestos en diminutos vasitos de cristal ligeros y diáfanos cual si fuesen de aire petrificado, y teniendo todos en el centro una pequeña flor de lis, lindísima maravilla natural,

criada á fuerza de cuidados en las estufas de Currita. Con significativa sonrisa mostróle la dama al buey Apis el *bouquet* que tenía delante, y éste, sonriendo también, dijo entre dientes, sin que ella protestase:

—El diablo son las mujeres.

Entre estos dos grupos principales que ocupaban ambas cabeceras, sentábanse el resto de los convidados; la señora de López Moreno, que redondeaba á la sazón su inmensa fortuna prestando al veinte por ciento; la Marquesa de Valdivieso, que no atestiguaba ya sus sentencias con la autoridad de Paco Velez, sino con la de Fermín Doblado; la Condesa de Balzano, divorciada de su marido y en pleito con sus hijos; el Duque de Bringas, declarado pródigo por los tribunales á instancias de su esposa; D. Casimiro Pantojas, buscando siempre el *paulo post futurum* de algún verbo griego; dos diputados novatos, cándidos provincianos todavía, á que la ilustre Condesa, de acuerdo con el Excmo. Martínez, tendía el anzuelo de sus banquetes para pescarlos en la oposición futura; el espitual Pedro López, que pagaba su cubierto todos los viérnes, con algunas columnas en *La flor de Lis*, de prosa *gelatinosa*, y el Marqués de Sabadell, que al notar las siete bajas habidas en el número de convidados, dirigía á Currita miradas impacientes, que hacían en la comprimida cólera de ésta, el efecto que el viento hace en el fuego, y parecían demostrar en ambos el pesar de ver frustrado en parte algún plán que proyectaban.

El Berrenchín de Currita igualaba en efecto á su inquietud, porque justamente pertenecían sus convidados prófugos á aquella parte sana y virtuosa de la sociedad madrileña, que se complacía ella en atraer á su casa, para acallar con ejemplo de éstos los escrúpulos de algunos otros, á la manera que en ciertos garitos de industrias prohibidas, colocan en el portal la muestra de alguna otra industria inocente, que desorienta á la policía y sirve de cebo á los incautos. Faltaban, pues, aquella noche los Duques de Astorga, que con gran acierto habían sido elegidos por el nuevo monarca, para formar parte de la alta servidumbre de la joven Reina, los Condes de Orduña, nobles figuras del antiguo bando carlista, fiel siempre á la desgracia, y la Marquesa de Labrija, cuyo prurito de socorrer y presidir asociaciones pías, habíale conquistado justamente la doble fama de caritativa y de vanidosa. Faltaba también el tío Frasquito, que con gran indignación de Currita no se había tomado el trabajo de disculpar su ausencia, y faltaba Leopoldina Pastor, que la había disculpado tan solo con una lacónica esquelita, diciendo que un indecente orzuelo le había aparecido en un ojo; poniéndola de humor malísimo. La ausencia de estos dos últimos hería más que ninguna otra el amor propio de Currita, porque era él y ella de esos pájaros que se retiran á tiempo del árbol que pierde su sombra, y tiende el vuelo hácia el que comienza á verdear.

Azoraba todo esto á Currita, pareciéndole indicio cierto de conjura sospechosa, y al mismo tiempo que procuraba sostener y animar la desmayada conversación de sus comensales, prestaba oído atento á lo que por fuera del comedor pasaba..... Sucedió de ordinario los viernes, que aun antes de terminarse la comida poblaban ya los salones gran número de tertulianos, que se apoderaban de las mesas de tresillo y de billar, y formaban grupos y corrillos llenos de la alborotada animación, que duraba siempre hasta muy entrada la madrugada... Nada se oía aquella noche, y cada vez más inquieta Currita procuraba alargar la comida, agotando todos los recursos de su ingenio, é intercalando entre plato y plato historietas que equivalían á las más picantes salsas, con el fin de dar tiempo á la llegada de la gente, y evitar que los comensales recibiesen la mala impresión de encontrar los salones desiertos. Fúele ya imposible alargar por mas tiempo la improba tarea, y puso al cabo fin á la comida con una escena misteriosa, seguida de un golpe teatral hábilmente dispuesto.... Su diminuto piececito tocó ligeramente por debajo de la mesa la pezuña del buey Apis, y ambos cruzaron con Jacobo una rápida mirada de inteligencia, que parecía significar;— ¡Alerta!—Entonces, tomando Currita el bouquet que tenía Martínez delante, tuvo la exquisita galantería de ponérselo ella misma en el ojal, repitiendo la acostumbrada frase de las floristas parisienses.

—*Monsieur....Fleurissez votre boutonnière...*

Mas Jacobo, con jovialidad perfectamente afectada, detúvola en mitad del canino, diciendo desde su sitio:

—¡Cuidado, Martínez, cuidado!...—que le tienden á V. un lazo...

—¿Un lazo? exclamó Currita retirando vivamente el ramito.

—Si señor, un lazo,—afirmó Jacobo riendo. ¿Pues no ve V. que lleva el *bouquet* una flor de lis?...

—¡Ay Jesus!—replicó Currita escandalizada. Entónces ¡protesto, protesto!... Yo persuado á quien puedo, pero no sorprendo á nadie... ¿Quiere V. que se la ponga, Martínez?...¿Sí ó nó?...

—¡Jú, jú, jú!—mugió el buey Apis, haciendo con la cabeza ademán afirmativo.

—¿La acepta V. entónces?—preguntó Currita.

—La acepto.

—¿Con todas sus consecuencias?...

—Con todas sus consecuencias—repitió el buey Apis.

Y paseó por todos los presentes una mirada orgullosa, casi fiera, que no carecía de la tosca grandeza de un Mario á la vez plebeyo y formidable, que se dejase acariciar por afeminados patricios... Un aplauso general acogió la declaración del antiguo revolucionario y Villamelón, muy conmovido propuso un brindis en honor del rey Alfonso XII. Apuráronse

las copas, y Fernandito, tomando entónces la que había servido á Martínez, dijo solemnemente:

—Esta copa, tendrá con los años, gran valor histórico. ¿Me entiende V. Martínez?... Permítame que la guarde.... Quiero legarla á mis hijos

Y con recuerdo histórico muy empuñado, fué á ofrecer el brazo á la embajadora de Alemania, para pasar al saloncito azul, donde acostumbraba á servir el café, en aquellos días de gala ... Allí acabaron los triunfos: el salón estaba vacío, y por sus puertas abiertas, veíase á la izquierda el otro salón amarillo, y á la derecha, el gran salón de baile, que sólo se abría é iluminaba los viérnes, ambos desiertos. En el primero, divisábanse á lo lejos en un apartado rincón, cuatro señores muy graves, muy tiesos, jugando al tresillo; en el segundo, reverberaban las luces en el brillante *parquet* de finisimas maderas enceradas, y en los colosales espejos, dando á todo aquel recinto el aspecto fantástico y temeroso, en medio de su magnificencia, de aquellos palacios encantados que se describen en los cuentos de hadas. —El fiasco era completo, y aturdida Currita miró espontáneamente hácia el magnífico reloj de bronce dorado que había cerca, sobre una chimenea; ¡eran ya las diez y cuarto!....

Vio entónces á su espalda en el mismo salón azul una dama muy apuesta y elegante dormida en una butaca: tenía en la mano un